

En torno a *La luz del Mundo*

Por MARCO A. OLIVERA MONTALVO

Hablar de una muestra pictórica realizada con suma penetración con una religiosidad vivida desde lo profundo del corazón, suscita mucho cuidado. Ese mismo cuidado tomó el artista cubano de la plástica Alan Manuel, de confesión católica y graduado de la Academia de Bellas Artes de San Alejandro, para conformar las piezas que bajo el título de *La luz del Mundo* se exhibieron en la galería La Acacia entre febrero y marzo de 2008.

Con su obra Alan Manuel encuentra su propio camino dentro de la actual plataforma de las artes plásticas contemporáneas, donde todos los lenguajes, tendencias, estilos y experimentaciones en la visualidad han dado magros frutos entre nosotros, salvo algunas experiencias en el campo del Video Arte y Video Proyección.

Este joven pintor es heredero de la gran escuela paisajística cubana, que comienza con el maestro Esteban Chartrand y, en su trayectoria por el siglo XX hasta el XXI, pasa por la fuerte impronta que está dejando el maestro Tomás Sánchez, con su internacionalmente conocida visión filosófica del paisaje insular, en la cual la meditación y la humanización son los pilares que sustentan las imágenes. Sin embargo, aunque heredero de esta tradición, el camino encontrado por Alan en la muestra *La Luz del Mundo* es otro: ciertas vivencias de la cotidianidad y de su entorno, catalizadas desde claves religiosas.

A mi modo de ver, en este artista aparecen hondas raíces de la fe cristiana y una reflexión sobre la prudencia. Lo apreciamos así, por

ejemplo, en un cuadro titulado “Noé fue recto e intachable; cuando vino la destrucción, él renovó a la humanidad...”, Eclesiástico 44, 17-18. En esa obra, realizada con la técnica de acrílico sobre lienzo, se ilustra acertadamente la visión plástica de una temática que colinda con un contenido arqueológico por el efecto de las veladuras de la imagen, que dan ilusión de antigüedad desde una visualización contemporánea. Allí la recontextualización del Arca de Noé revela que debemos optar por la preservación de la naturaleza toda, pero además muestra con certeza que la nacionalidad cubana, teniendo en cuenta la existencia de un Dios, Trino y Uno, puede salvarse. En igual medida, se actualiza un credo desde el cual muchas veces el Apóstol San Pablo, en su contexto, exhortó a sus discípulos Tito y Timoteo -los más cercanos-, y es el mismo credo de los que hoy le seguimos.

La contradicción misma que subyace en la esencia de todo ser vivo, siempre ante la realidad de la muerte, está contenida en el sustrato idealista de este pintor. Lo apreciamos cuando nos muestra un retoño verde que se erige sobre un fósforo quemado (“Los que hicieron el bien resucitarán para tener vida”, San Juan 5, 29), o dos brochas en desplazamientos opuestos sobre un paisaje en formato diptico que representa el avance de la sequía y el nacimiento de hierba fértil, bajo el título *Odio y Amor*.

Su pintura es idealista porque inserta vivencias de fe y una reflexión crítica sobre la conducta humana en el momento histórico presente. Si me preguntaran qué otra cosa encuentro en la obra de Alan, mi respuesta sería: ¡parábolas!

Cuando parece que el arte no deja de ser lo que fue desde el siglo XIX hacia atrás, pero muda su intencionalidad, aún más cuando la reflexión sobre la estética y el objeto mismo del arte constituyen banderas de la expresión creadora, cobra sentido la minuciosa pintura de Alan Manuel debido a la nutriente energía de temática evangélica que potencian sus imágenes. En una vida como la contemporánea, llena de vanidades,



vacíos existenciales y una fuerte dosis de descrédito de los imaginarios contruidos por la cultura occidental, la pintura de este autor se nos revela como un oasis donde hallamos aliento de fe, esperanza y amor.

En varias piezas de la exposición encontramos la simbología del mapa de Cuba, que en otro momento del arte cubano contemporáneo fue utilizado por el artista Antonio Eligio Fernández (Tonel) en su obra *Mundo soñado*, hoy en una de las salas del Museo Nacional de Bellas Artes. En Tonel, el recurso de la ironía, la grandilocuencia del formato y el concepto de nacionalidad, manejado en un soporte propio de la técnica de instalación, nos expresa ciertos reflejos de una posible imposición ideológica de Cuba hacia el exterior.

A la inversa, entre las obras de *La luz del Mundo*, destaca el cuadro "Pues donde está la riqueza de ustedes, allí estará también su corazón". San Lucas 12, 34, que se puede interpretar como si la Isla no debería pretender la conquista del Orbe, sino la de sí misma. De una forma académicamente reluciente, y mostrando el apareamiento de las palmas para formar una escalera, se sugiere el esfuerzo humano por la conquista del Reino desde la Isla, en tanto el rejuego de figura-fondo concreta la relación temporalidad-atemporalidad desde la cual, con sagacidad, el artista nos habla de un camino. Por eso son ciertas las alusiones del profesor y crítico Habey Hechavarría al percibir un arte neo-religioso en las obras de este creador.

En la pieza seleccionada por los curadores para la portada del catálogo, "Ustedes son la luz del mundo", cita del evangelio de San Mateo 5, 13-16, y en otras piezas de la muestra, son muy significativas las alusiones a los pares de palmas que pueden ser -siempre desde mi óptica de espectador analítico- símbolos de hombre y de mujer. También están los tríos de clavos que perforan sus troncos dejando heridas sangrantes, símbolos que evidencian una clara pulsión religiosa y humanista. En



este Foco-Globo Aerostático el pintor nos induce a reconocer a Dios en la existencia material, en el uso cotidiano de la técnica y en el sano disfrute de la vida; a partir de lo cual aquellos que profesan la fe cristiana están llamados a iluminar el camino, en un seguro viaje hacia la derecha del Padre.

Por ello, si algo muestran las imágenes de Alan Manuel es una cierta ecología en todas las dimensiones de la naturaleza, la sociedad actual, y la persona humana; entendida la ecología en tanto reconocimiento de la presencia de Dios, en



primera instancia, lo que implica también una aceptación de la infinita posibilidad creadora como representación, en el interior del hombre, del sopro Divino. Esta visión sobre la obra del artista puede hacerse palpable en el precioso juego pictórico de parábolas-metáforas que ofrecen sus imágenes.

En este joven profesional de nuestra plástica habita una verdadera intención de representar el momento histórico en que vive. Por ello su discurso mezcla realismo, simbolismo y nacionalismo, más la fuerte impronta del acabado de las piezas. Todo lo anterior conduce de nuevo al asunto de la paisajística actual por el camino de reactivación de la naturaleza cubana bajo los significados simbólicos de la cultura judeocristiana, plasmación de una mística de perfil escenográfico. La mística adopta el modo de la metáfora, e ilustra que la conducta individual en Alan Manuel genera imágenes artísticas. Así, perfila el asunto del paisaje en la concreción semántica de una propuesta caracterizada por sus connotaciones evangélicas.

Tales aseveraciones especulativas se basan en una apreciación donde se podría constatar que el pintor dialoga con el arte desde el sacrificio, es decir: el esfuerzo durante el proceso de creación a partir de su espiritualidad.

